

CORONAVIRUS

Negar el peligro del coronavirus es completamente absurdo. Pero, ¿no es también absurdo que una perturbación del curso habitual de las enfermedades sea objeto de semejante explotación emocional y congrege a aquella arrogante incompetencia que tiempo atrás quiso alejar de Francia la nube de Chernóbil? Somos evidentemente conscientes de la facilidad con la que el espectro del apocalipsis sale de su caja para hacerse con cualquier cataclismo recién llegado, recomponer la imaginería del diluvio universal y hundir la cuña de la culpabilidad en la tierra estéril de Sodoma y Gomorra.

La maldición divina secundaba de manera útil al poder. Por lo menos hasta el terremoto de Lisboa de 1755, cuando el marqués de Pombal, amigo de Voltaire, aprovechó el seísmo para masacrar a los jesuitas, reconstruir la ciudad según sus propios criterios y liquidar alegremente a sus rivales políticos a base de procesos “proto-estalinistas”. No le haremos el feo a Pombal, por más odioso que sea, de comparar su golpe de efecto dictatorial con las miserables medidas que el totalitarismo democrático aplica mundialmente a la epidemia del coronavirus.

¡Qué cinismo achacar la propagación de la epidemia a la deplorable insuficiencia de medios médicos implementados! Hace decenas de años que el “estado de bienestar” está amenazado, que el sector hospitalario sufre una política que favorece los intereses financieros en detrimento de la salud de los ciudadanos. Cada vez hay más y más dinero para los bancos y menos para camas y personal sanitario para los hospitales. Qué tipo de magia disimulará por más tiempo que esta gestión catastrófica del catastrofismo es inherente al capitalismo financiero mundialmente dominante y a día de hoy mundialmente combatido en nombre de la vida, del planeta y de las especies a salvar.

Sin caer de nuevo en este refrito del castigo divino que es la idea de una Naturaleza que se deshace del Hombre cual gusano inoportuno y peligroso, no está de más recordar que durante milenios, la explotación de la naturaleza humana y de la naturaleza terrestre ha impuesto el dogma de la anti-fisis, de la anti-naturaleza. El libro de Eric Postaire “Las epidemias del S. XXI”, editado en 1997, confirma los efectos desastrosos de la desnaturalización persistente, que vengo denunciando desde hace decenas de años. Evocando el drama de “Las Vacas locas” (ya previsto por Rudolf Steiner en 1920), el autor recuerda que además de estar indefensos ante ciertas enfermedades, tomamos conciencia que el mismo progreso científico puede provocar otras. En su alegato en defensa de un enfoque responsable de las epidemias y de su tratamiento, acusa lo que el autor del prefacio llama “la filosofía del cajón-caja”. Plantea la siguiente cuestión: “Al subordinar la salud de la población a las leyes del beneficio hasta el punto de transformar animales herbívoros en carnívoros, ¿no corremos el riesgo de provocar catástrofes fatales para la Naturaleza y la

Humanidad? Ya sabemos que los gobernantes se han apresurado a responder un Si unánime. Pero, ¿para qué sirve si el NO de los intereses financieros continúa cínicamente triunfando?

Hacia falta el coronavirus para demostrar a los más miopes que la desnaturalización provocada por la rentabilidad tiene consecuencias desastrosas para la sanidad universal – aquella que está gestionada por una Organización mundial cuyas estupendas estadísticas olvidan la desaparición de los hospitales públicos. Existe una correlación evidente entre el coronavirus y el desmoronamiento del capitalismo mundial. Al mismo tiempo aparece de manera no menos evidente que lo que recubre y sumerge a la epidemia del coronavirus es una peste emocional, un miedo histórico, un pánico que a la vez disimula las carencias del tratamiento y perpetua el daño y la alarma al paciente. Durante las grandes epidemias de peste del pasado, la población hacía penitencia y proclamaba sus culpas flagelándose. ¿Acaso los *managers* de la deshumanización mundial no tienen ningún interés en persuadir a los pueblos que no tienen escapatoria a la miserable suerte que les ha correspondido? ¿Acaso no les queda más que la flagelación de la *servidumbre voluntaria*? La formidable máquina mediática no hace más que machacar la antigua mentira del decreto celeste, impenetrable, ineluctable en el que el dinero loco ha suplantado a los Dioses sanguinarios y caprichosos del pasado.

La rienda suelta dada a la barbarie policial contra manifestantes pacíficos ha mostrado de manera clara que la ley militar es la única que funciona de manera eficaz. Hoy, esta ley confina a mujeres, hombres y niños a una cuarentena. Fuera, el féretro, dentro la televisión, la ventana abierta a un mundo cerrado. Es una situación capaz de agravar el malestar existencial que afecta las emociones destrozadas por la angustia, exacerbando la ceguera de la cólera impotente.

Pero incluso la mentira cede ante el desmoronamiento general. El cretinismo estatal y populista ha alcanzado sus límites. No puede negar que está surgiendo una nueva experiencia. La desobediencia civil se propaga y sueña con sociedades radicalmente nuevas, por radicalmente humanas. La solidaridad libera de la piel de cordero individualista a los individuos que ya no temen pensar por sí mismos.

El coronavirus se ha convertido en el indicador de la quiebra del Estado. Aquí tenemos por lo menos un tema de reflexión para las víctimas del confinamiento. Con la ocasión de la publicación de mis *Modestas propuestas a los huelguistas*, algunos amigos me recordaron la dificultad que representaba el rechazo colectivo que sugería a pagar los impuestos, las tasas, las retenciones fiscales. Pero, hete aquí que la quiebra evidente del Estado-estafador acredita un deterioro económico y social que conlleva la insolvencia de las pequeñas y medianas empresas, el comercio local, los ingresos modestos, las explotaciones agrícolas familiares e incluso las profesiones llamadas

liberales. El hundimiento de Leviatán ha logrado convencer más rápidamente que nuestra decisión de derribarlo.

El coronavirus ha hecho incluso algo mejor. El parón de las nocividades productivistas ha provocado una disminución de la contaminación mundial, ahorra una muerte programada a millones de personas, la naturaleza respira, los delfines vuelven a retozar en Cerdeña, los canales de Venecia, purificados del turismo de masas vuelven a tener el agua transparente, la bolsa se hunde. España decide poder utilizar los hospitales privados ante la epidemia, como si el Estado se acordara del Estado-providencia que él mismo destruyó.

No se ha conseguido aún nada, todo está empezando. La utopía anda todavía a gatas. Abandonemos en su vacuidad celeste los miles de millones de billetes y las ideas vacías que dan vueltas alrededor de nuestras cabezas. “Lo importante es gestionar nuestros asuntos nosotros mismos” dejando que la burbuja de la especulación se deshaga e implusione. ¡No dejemos que la audacia y la confianza nos abandonen!

Nuestro presente no es el confinamiento que la supervivencia nos impone sino más bien una puerta abierta a todas las posibilidades. Es el pánico el que obliga al Estado oligárquico a adoptar medidas que hasta ayer declaraba imposibles. Lo que queremos es responder a la llamada a la restauración de la vida y de la tierra. La cuarentena es un tiempo propicio para la reflexión. . El confinamiento no suprime la presencia de la calle, la reinventa. Dejadme creer, con una capa de sano escepticismo, que la rebelión de la vida cotidiana posee virtudes terapéuticas insospechadas.

17 de marzo 2020

RaoulVaneigem